

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

2, 5, 12, 19 de noviembre de 2023

MD 2023/ 14

FINAL E INICIO

Debería ser al revés (inicio y final), pero he escrito con toda la intención este titular con este orden: estamos al final del año litúrgico y en breve iniciaremos uno nuevo. Con esto, hay que mirar atrás y ver cómo hemos vivido este año cristiano que acabamos a nivel de fe personal y comunitaria, cómo hemos vivido y preparado las celebraciones litúrgicas para que puedan convertirse en un verdadero momento de comunión con el Señor. De la misma manera, somos invitados a emprender de nuevo, con ilusión, el nuevo año cristiano que empezará en breve, y cómo subir otro escalón más en nuestro camino de vida cristiana.

Estamos llamados a no quedarnos en la rutina y empezar otro año litúrgico de manera mecánica, sino como una verdadera oportunidad que el Señor nos regala para que caminemos hacia su presencia, contando no con nuestras fuerzas, sino con las que él mismo nos da, por pura gracia. Que, como nos recuerdan estos últimos domingos, nosotros estemos velando siempre para encontrarnos un día con el Señor, como expresa un prefacio de Adviento, «que su llegada nos encuentre perseverantes en la oración y proclamando gozosamente su alabanza».

Fieles difuntos

D. 31 del tiempo ordinario / A

D. 32 del tiempo ordinario / A

D. 33 del tiempo ordinario / A



JOSEP TEIXIDÓ CUENCA

LA SINODALIDAD, UNA GRAN APUESTA

La periodista argentina Elisabetta Piqué hizo al Papa una larga entrevista con ocasión de sus diez años de ministerio petrino. Una de las cuestiones que le lanzó con total naturalidad fue la siguiente: «El Sínodo sobre la Sinodalidad en curso es la gran apuesta de este momento, ¿no?». Francisco hizo memoria recordando que «el que pateó la pelota por primera vez fue Pablo VI». Con el tiempo, se vio que faltaba algo: explicitar la sinodalidad. Y concluyó con un ejemplo bien ilustrativo: «Ya era una cosa aceptada por todos que las mujeres no podían votar. Entonces en el Sínodo para la Amazonia se preguntó, ¿por qué no pueden votar las mujeres? ¿Son cristianas de segunda? O sea, que se iban planteando problemas cada vez más serios para perfeccionarse». Es decir, estamos ante un proceso, no en un evento. El evento tiene mucho de espectáculo, personalismo y propaganda. Efectos especiales. El proceso es más lento, colaborativo, con resultados a largo plazo, comunitario y creativo. Efectos de la libertad del Espíritu.

Tras la etapa diocesana y las síntesis realizadas a nivel de conferencias episcopales, llegó la etapa continental. Durante los meses de febrero y marzo de 2023 se han llevado a cabo siete asambleas continentales: América

del Norte, América Latina y el Caribe (con una dilatada trayectoria en este tipo de encuentros), Europa, Oriente Medio (que ha visto específicamente la contribución de las Iglesias católicas orientales), África y Madagascar, Asia y Oceanía. En la base de todo ello ha estado el sugerente documento para esta etapa: «Ensancha el espacio de tu tienda (Is 54, 2)». En el núm. 31 se indicaba: «La visión de una Iglesia capaz de una inclusión radical, una pertenencia compartida y una profunda hospitalidad según las enseñanzas de Jesús está en el centro del proceso sinodal». La etapa continental ha culminado en cada «continente» con la celebración de las asambleas continentales y la redacción de un documento final de dicha etapa. Este documento es el fruto de un camino auténticamente sinodal, respetuoso con el proceso sinodal efectivamente realizado, reflejando así la voz del Pueblo de Dios. Los siete documentos continentales han sido enviados a la Secretaría General del Sínodo en Roma y constituirán la base del *Instrumentum Laboris* o documento de trabajo.

Un proceso de ida y vuelta

Todo el proceso sinodal iniciado por el Papa en 2021, tendrá una asamblea de la Iglesia universal en octubre de 2023, con un segundo momento en octubre

de 2024. En palabras del teólogo Carlos M. Galli, «es un ida y vuelta entre distintas instancias de la vida sinodal de la Iglesia». Un proceso que «comenzó en las iglesias locales, siguió en las conferencias episcopales, ahora está recorriendo esta etapa regional-continental, y con estos aportes está ordenada a que las siete regiones continentales de la Iglesia en el mundo colaboren con sus insumos a elaborar el citado *Instrumentum laboris*, que será tratado en la Asamblea Sinodal de octubre».

La conclusión de la fase continental no significa, por tanto, la finalización del proceso sinodal del Pueblo de Dios que se inició con la consulta de la fase diocesana. Nuestro caminar juntos ha de convertirse en el fundamento de nuestra participación en la Iglesia de una forma corresponsable. La escucha ha de llevarnos a aprender a ser Iglesia de otro modo, desde el discernimiento y la búsqueda del consenso de líneas y horizontes. Hay algo, además, que se ha repetido en las diferentes asambleas continentales: vamos descubriendo cómo la sinodalidad se desarrolla haciendo. La clave para desplegar esa sinodalidad en la Iglesia es la reflexión sobre esa experiencia, aprendiendo siempre a ampliar y adaptar los métodos al contexto, como es el caso de la conversación espiritual. Es vital que la gente vea que los procesos sinodales orientan a cambios concretos y que, por tanto, se puede confiar en ellos. He-

mos de pensar en fidelidad a la tradición y buscar la inspiración creativa, a través del Espíritu, para lograr los cambios necesarios sin dejar a nadie atrás o sin exclusiones. Como bien afirma la subsecretaria general del Sínodo, Nathalie Becquart, el papel de los obispos y del papa Francisco es el de preservar la comunión: «No podemos ir deprisa y dejar a algunos atrás, sino que hemos de reforzar este camino sinodal juntos».

Las experiencias sinodales han permitido a muchas personas tener una experiencia directa de una Iglesia más fraterna, diversa y colaboradora, más misionera y comprometida con las necesidades y sueños de nuestro tiempo. Se han destacado actitudes y enfoques útiles: celebrar la diversidad y estar dispuestos a escuchar voces ajenas o desafiantes; mantener en la confianza nuestras tensiones y desacuerdos sin buscar resolverlos, sino permitir que nos ayuden a crecer. Paciencia, confianza, humildad, apertura y discernimiento han de ser compañeros de camino. Ya lo expresé con singular sensibilidad y belleza el poeta León Felipe:

Voy con las riendas tensas y refrenando el vuelo,
porque no es lo que importa llegar
solo ni pronto,
sino con todos y a tiempo.

FERNANDO CORDERO MORALES SS.CC.
*Miembro de la Comisión de Comunicación
de la Secretaría General del Sínodo (Roma)*

MIRA, TE MOSTRARÉ LA NOVIA, LA ESPOSA DEL CORDERO (AP 21,9)

La visión que nos relata el Apocalipsis sobre la Jerusalén del cielo es de una belleza inaudita. La descripción de su belleza se centra, sobre todo, en los materiales y la ornamentación: muralla de jaspe, la ciudad de oro puro semejante al vidrio puro, los cimientos adornados con doce piedras preciosas... (cf. Ap 21,18-19). Rezuma belleza por todos lados.

La Iglesia es la nueva Jerusalén, edificada sobre los doce cimientos de los apóstoles del Cordero. Su belleza proviene de ser un reflejo fiel de quien es la Belleza. Como la metáfora *mysterium lunae* que usaban los Padres de la Iglesia, la luz de la belleza que la Iglesia muestra al mundo no proviene de sí misma, sino que será mayor cuanto mejor espejo sea de la Belleza originaria.

Una de las imágenes que usa J.R.R. Tolkien en su universo conceptual nos sirve para entender la imagen del pastor como aquel que conduce el rebaño a la luz de la belleza. Relata en el libro del Silmarillion cómo los elfos despertaron en la Tierra Media mucho antes que existiera la luz del sol y de la luna y únicamente había el resplandor de las estrellas del cielo. Los Valar, una especie de seres espirituales poderosos creados por Eru Ilúvatar (Dios), dan vida a dos árboles que tienen luz propia —uno dorada y el otro, plateada— y que iluminan

su dichosa tierra, pero no la Tierra Media. Los Valar van a buscar a los elfos y eligen a tres de ellos para que vayan a la tierra de los Valar y después guíen a su pueblo. Los tres elegidos contemplan la tierra de los Valar y «al llegar les cautivó la gloria y la majestad de los Valar y desearon de todo corazón la luz y resplendor de los Árboles».

Solo después de haber recorrido el camino guiados por un emisario de los Valar, haber contemplado la belleza de la tierra donde había los árboles y su luz y haber quedado cautivados por ella, pueden volver y decir a los suyos que «merece la pena recorrer el camino».

El pastor ha de ser el que ha hecho la experiencia de la belleza de la Iglesia (cf. Sl 44,12) y de la belleza de Cristo (cf. Sl 44,3). Es quien, no solo con sus palabras, sino con los gestos, con su modo de ser, es reflejo de la luz de la belleza que ha contemplado, como Moisés con la cara resplandeciente después de haber hablado con Dios (cf. Ex 34,29). Pero necesitamos recorrer el camino, hacerlo antes, para no perdernos y para saber que merece la pena llegar al fin de este.

Sabemos que el sendero de la vida espiritual es exigente, que requiere abnegación, esfuerzo, humildad, perseverancia, un elenco de virtudes que

צֵא וְלִמֹּד מִזֶּה בְּקֶשׁ לִבְנֵי הָאָרֶץ לַעֲשׂוֹת לְיַעֲקֹב אָבִינוּ. שְׁפָרְעָה לֹא גֹזֵר אֱלֹהִים
עַל הַזִּכְרִים וְלִבְנֵי בְּקֶשׁ לַעֲקֹר אֶת הַכֹּל. שֶׁנֶּאֱמָר אָרְמִי אֶבֶד אָבִי וַיֵּרֶד
מִצְרֵימָה וַיִּגֹּר שָׁם בְּמִתִּי מֵעַט וַיְהִי שֵׁם לְגֹי גְדוֹל עַצִּים וָרֹב:

וַיֵּרֶד מִצְרֵימָה אָנוּם עַל פִּי הַדְּבָר. וַיִּגֹּר שָׁם מִלִּמּוֹד שְׁלֹא יֵרֶד יַעֲקֹב אָבִינוּ
לְהִשְׁתַּקֵּעַ בְּמִצְרַיִם אֱלֹהִים לְגֹזֵר שָׁם. שֶׁנֶּאֱמָר וַיֹּאמְרוּ אֵל פֶּרַעַה לְגֹזֵר
בְּאֶרֶץ בָּאֵנוּ כִּי אֵין מִרְעָה לְצֹאן אֲשֶׁר לַעֲבָדֶיךָ כִּי כִבֵּד הָרַעַב בְּאֶרֶץ כְּנָעַן
וַעֲתָה יֵשְׁבוּ נָא עֲבָדֶיךָ בְּאֶרֶץ גִּשָּׁן:

בְּמִתִּי מֵעַט כְּמָה שֶׁנֶּאֱמָר בְּשִׁבְעִים נֶפֶשׁ יִרְדּוּ אֲבוֹתֶיךָ מִצְרֵימָה וַעֲתָה שְׁמִיךְ
אֲדֹנִי אֱלֹהֶיךָ כְּבוֹדִבִּי הַשָּׁמַיִם לָרֹב: וַיְהִי שֵׁם לְגֹי מִלִּמּוֹד שֶׁהָיוּ יִשְׂרָאֵל
מִצִּיּוֹנִים שָׁם: גְּדוֹל עַצִּים כְּמָה שֶׁנֶּאֱמָר וּבְנֵי יִשְׂרָאֵל פָּרוּ וַיִּשְׁרְצוּ וַיִּרְבּוּ וַיַּעֲצֻמוּ
בְּמֹאֵד מֹאֵד וַתִּמְלֵא הָאָרֶץ אֹתָם: וְרֹב כְּמָה שֶׁנֶּאֱמָר וַאֲעֲבֹר עֲלֶיךָ וְאֶרְאֶךָ
מִתְבּוֹסֶסֶת בְּדַמְיֶךָ וְאָמַר לְךָ בְּדַמְיֶךָ חַיִּי וְאָמַר לְךָ בְּדַמְיֶךָ חַיִּי: רַבָּה כְּצִמָּה

EL LIBRO DEL DEUTERONOMIO

Deuteronomio (Dt) es el quinto y último libro del Pentateuco que la Vulgata transmitió con este nombre, derivado de la traducción griega de Deuteronomio 17,18: «Hará escribir una *segunda ley* que conserven los sacerdotes levitas». El libro es, en realidad, una colección de leyes dadas por Moisés al pueblo en la llanura de Moab, en el marco de una nueva celebración de la alianza del Sinaí, y justo antes

del paso del Jordán para entrar en la tierra prometida.

Dt es un libro fundamental para comprender la teología del Antiguo Testamento, porque sintetiza los elementos fundamentales de la fe israelita: ley, alianza, elección y pueblo.

Su proyección en el Nuevo Testamento es decisiva, siendo, de hecho, uno de los libros más citados.

El argumento del Dt narra la llegada del pueblo de Israel a la estepa de Moab, después del largo camino por el desierto. Moisés sabe que no entrará en la tierra prometida, y aprovecha su última oportunidad de enseñar al pueblo. Esta enseñanza exhorta al pueblo a hacer memoria de cómo Dios los liberó de la esclavitud de Egipto peleando por ellos; y los llevó camino de la tierra de la libertad por medio del desierto, donde hizo una alianza con ellos por la que se convirtieron en pueblo de su propiedad personal. Además, a las puertas de esa tierra, Moisés anima a los israelitas a que vuelvan a escuchar y hacer suyas las exigencias de esa alianza, clave para poder vivir felices y prósperos en esa nueva tierra.

Dt se estructura en tres discursos puestos en boca de Moisés, aunque su forma actual, consecuencia de un largo proceso de composición, tiene una sorprendente unidad. Esta cohesión se advierte tanto en el estilo literario como en la teología. Dicho estilo es perfectamente reconocible, porque está lleno de exhortaciones a la fidelidad; de vehementes advertencias contra la

apostasía; y de repetidas referencias a la pérdida de la tierra. La teología, por su parte, acentúa el monoyavismo y la monolatría; la radicalidad de la iconoclastia; la preocupación por las transgresiones en materia religiosa; y la consideración del pueblo de Dios como una comunidad de hermanos y hermanas.

En conjunto, la forma literaria de Dt corresponde al clásico discurso de despedida de un personaje importante que encontramos también en la historia de Jacob (Gn 49), que se insinúa en Dt 1,37 y 3,27-29, aunque no se explicita hasta que en 31,2 Moisés dice: «Tengo 120 años, y ya no puedo salir ni entrar», evocando Gn 6,3 donde, después del diluvio se dice: «Mi espíritu no durará por siempre en el hombre, porque es carne; solo vivirá ciento veinte años».

Más allá de la existencia de algunas tesis más «conservadoras», que postulan la autoría mosaica del Dt, existe un cierto consenso entre los autores a la hora de afirmar que el texto que tenemos hoy en nuestras Biblias es el precipitado final de un proceso que comienza en el siglo VIII a.C., y culmina a mediados

del IV a.C. Los jalones principales de ese largo proceso los marcó la confrontación con los tres grandes imperios que ocuparon Palestina en distintos periodos de su historia, el asirio, el babilonio y el persa, y que provocaron en los israelitas una reflexión teológica de tal calado que, en opinión de algunos, el Dt sintetiza la identidad judía con más claridad que cualquier otro libro de la Biblia. Esta identidad se focaliza, fundamentalmente, en cuatro puntos: Dios; el pueblo;

la alianza, de la cual es expresión la ley, y, por último, el libro.

Frente a un Dios que «descendió al monte Sinaí, a la cumbre del monte» (Ex 19,20), Dt subraya la trascendencia; omite cualquier imagen de Dios descendiendo para hablar a los israelitas; y elimina cualquier representación de la corporeidad de Yahvé. Así, en Deuteronomio a Dios no se le ve; se le escucha.

Israel es el pueblo que Yahvé ha elegido de entre las naciones (4,37); a Él debe su existencia y

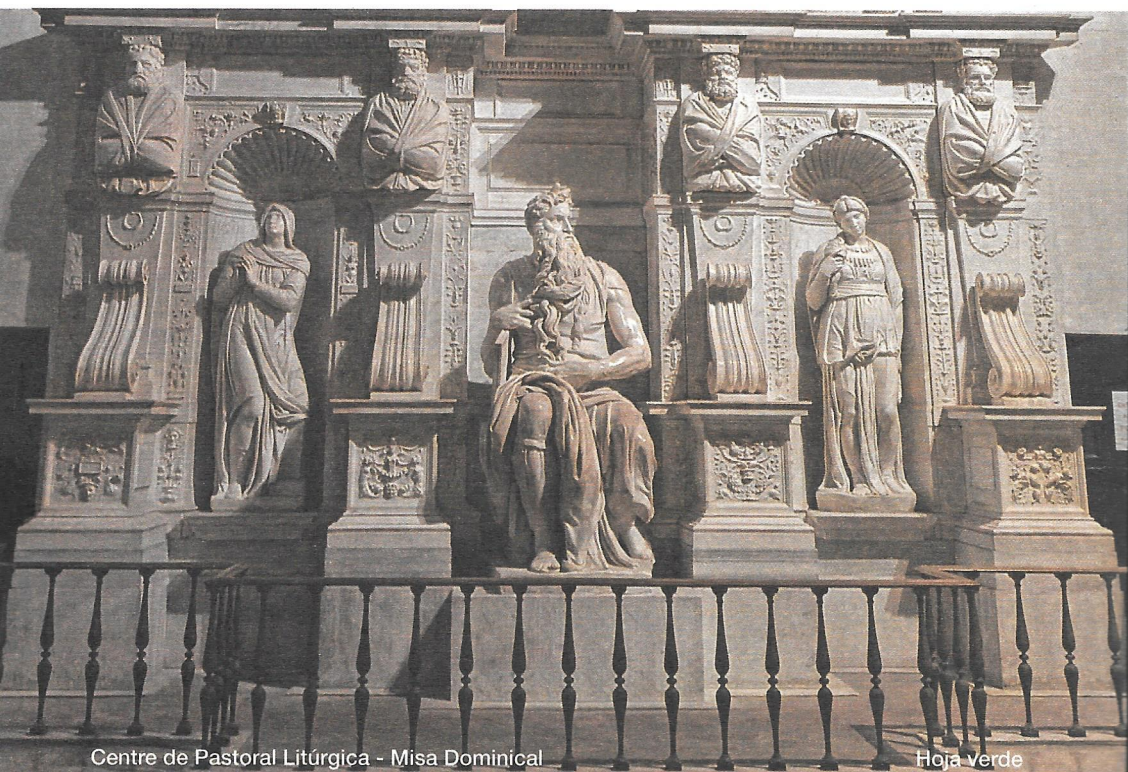


Él lo educa y corrige como un padre. Puesto que el amor de Yahvé es lo que lo ha constituido como pueblo, Él es quien le da unidad, y quien realiza la unión de los distintos miembros de Israel entre sí, de tal modo que Israel aparece descrito, una y otra vez, como una fraternidad.

A la luz de todo lo dicho, el Dt acentúa la elección de Israel que, mirando a la tierra prometida y deseada, se actualiza y renueva, convirtiendo la ley en la «medicina» para poder conservar la tierra perpetuamente. Esa

ley (*Torá*) exige del israelita una actitud de escucha permanente y convierte al pueblo en una nación santa y sabia (4,5).

Por último, Moisés escribió la ley, y ordenó a los sacerdotes, levitas y ancianos, que cada siete años se leyera públicamente (Dt 31,9) para que la aprendieran; que la colocaran en el interior del arca, para que se erigiese en testigo de la alianza (Dt 31,25), y para que, si alguna vez había rey en Israel la leyera a diario y aprendiera a temer al Señor, cumpliendo sus enseñanzas (Dt 17,18-19).



no están demasiado de moda en la sociedad actual. Pero sabemos también que el Señor no sobrepasa y que su medida es «enerosa, colmada, remecida, rebosante» (Lc 6,38). Así mismo, si nuestra vida no refleja la luz del Señor que nos ilumina (cf. Ap 22,5), no tendremos credibilidad.

Cada uno de los cristianos, con su vida, embellece a la esposa del Cordero como piedra viva del edificio de la Iglesia. Los pastores también somos partícipes de eso. Pero nosotros tenemos la tarea especial, que no exclusiva, del discernimiento. A lo largo de la vida acompañamos espiritualmente a mucha gente y si nosotros no sabemos de dónde proviene la luz —porque no tenemos experiencia de ello—, si no sabemos donde esdónde

está la Jerusalén celestial donde Dios y el Cordero tienen el trono, seremos como un ciego que intenta guiar a otro ciego.

Que esta responsabilidad que nos encomienda el Señor como ministros ordenados sea para nosotros un estímulo para correr hacia la Belleza verdadera, que deseemos del todo su luz y esplendor y que esta impregne nuestra vida. Nosotros, sin embagro, a diferencia de los elfos, tenemos más cerca la luz de la Belleza, es «más interior en mí que mi fondo más íntimo» (san Agustín, Confesiones).

JOAN HERNÁNDEZ

*Presbítero de la Diócesis de Terrassa
formador del Seminario de Terrassa*

Artículo publicado en la revista El Bon Pastor, noviembre de 2022

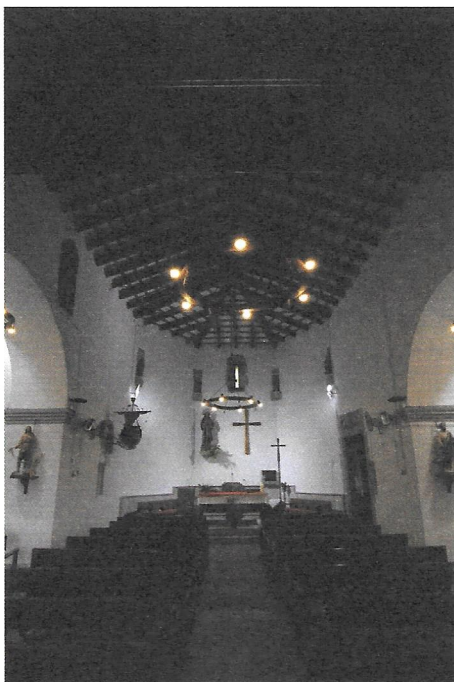
EL DISCERNIMIENTO DE UNA VOCACIÓN MINISTERIAL AL SERVICIO DE LA COMUNIDAD ECLESIAL

El 11 de enero de 2021 el papa Francisco promulgó la Carta apostólica *Spiritus Domini*, abriendo la posibilidad del acceso a los ministerios laicales instituidos de lectorado y acolitado a las mujeres. Y el 10 de mayo del mismo año instituyó el ministerio de catequista con *Antiquum ministerium*. Así, la Iglesia puede ir reconociendo muchos servicios ministeriales laicales.

Esta participación de ministerialidad es de todo bautizado y no puede confundirse con *activismo*, sino como disponibilidad ante la obra del Espíritu Santo en nosotros, que nos hace pasar del cuerpo personal al cuerpo comunitario eclesial, porque el Espíritu Santo tiene poder de crear comunión. Cada bautizado debe estar disponible en el Espíritu Santo descubriendo su

carisma en bien de la totalidad, en favor de la edificación de toda la Iglesia, creando una *pluriministerialidad*.

Pero antes de pedir o responder a una petición de servicio ministerial, es necesario un discernimiento por parte de la persona que lo pide o de quien propone ese ministerio. ¿Qué significa discernir?, y ¿cómo se hace? El papa Francisco, en la exhortación *Cristo vivo* del año 2019 dedicada a los jóvenes, nos da unas pistas. De entrada, el Papa recuerda que la vocación o misión pide poner toda nuestra vida de cara a Dios (cf. núm. 248). La vida es plena cuando se ofrece, cuando es una ofrenda: *ser por los demás* (cf. núm. 254). Dios se sirve de la vida, de la historia... al estilo de la encarnación.



Ahora bien, existen unos elementos que ayudan a discernir para saber qué quiere Dios de mí. Apunto algunos:

- Uno es buscar espacios de silencio y soledad por la oración y preguntarse a menudo qué me pide Dios. Aunque Dios hable por el trabajo y por los demás (cf. *Cristo vive* 283), pero necesito leer los signos del tiempo y de la vida desde el silencio.
- La pregunta no es ¿quién soy yo?, sino ¿para quién soy yo? (cf. núm. 286): para reconocer entre la verdad y los engaños o las excusas, es necesario discernir el punto justo entre la gracia y la tentación. Los signos de la gracia o de la tentación o, dicho de otro modo, si un servicio que quiero hacer es de Dios o no, es necesario leer a san Pablo en *Gálatas* 5, 19-26.
- Otro elemento clave es el acompañamiento (cf. núm. 290 y ss). Un/a acompañante que deje hablar. Esto pide escuchar. Y escuchar los motivos. Dicen que en todo acompañamiento son tres los que intervienen: el que se acompaña, el que acompaña y el Espíritu Santo. Por eso se llama «acompañamiento espiritual». Es muy importante dejar espacio al Espíritu Santo.
- Y un último elemento es el tiempo. El «tiempo es superior al espacio» y los procesos de las personas son siempre únicos y libres (cf. núm. 297)

JORDI FONT PLANA

FORMACIÓN LITÚRGICA

Por Gabriel Seguí, a partir de la Carta apostólica «Desiderio desideravi» del papa Francisco

Ars celebrandi (I)

El *ars celebrandi* y sus condiciones (núms. 48-51)

Todo lo que ha dicho Francisco en los números anteriores de la carta, desemboca ahora en la última sección titulada significativamente *Ars celebrandi* (núms. 48-51). La liturgia es, pues, un «arte», no la simple aplicación mecánica de unas normas de carácter universal y basta, ni tampoco en una creatividad desatada (Dd 48); por eso el Papa hablará, por ejemplo, de modelos de presidencia y, de hecho, ya ha advertido varias veces que cumplir escrupulosamente las normas litúrgicas no asegura una participación plena en la celebración; falta un plus para experimentar vitalmente el misterio pascual que hace presente la liturgia. En este sentido, el Papa hace una observación importante: «El rito es en sí mismo una norma, y la norma nunca es un fin en sí misma, sino que siempre está al servicio de la realidad superior que quiere custodiar» (Dd 48).

La formación para el *ars celebrandi* tiene estos requisitos (Dd 49):

a. La comprensión del dinamismo litúrgico, que presencia en el misterio pascual, sin caer en el exteriorismo o en el rubricismo.

b. La sintonía con la acción del Espíritu Santo para evitar caer en el subjetivismo o en el culturalismo.

c. El dominio de la dinámica del lenguaje simbólico.

Desde esta perspectiva, se vuelve a valorar la capacidad formativa de la liturgia misma: «Es necesaria una dedicación diligente a la celebración, dejando que la propia celebración nos transmita su arte» (Dd 50). Por otro lado, el arte de celebrar es una acción «corporativa», de todo el cuerpo eclesial –aparte de la de los ministros–, que unifica a la asamblea sin minimizar la individualidad de cada uno, porque «realizar todos juntos el mismo gesto, hablar todos a la vez, transmite a los individuos la fuerza de toda la asamblea» (Dd 51). Así, pues, la individualidad no ahoga la diversidad, sino que es una disciplina que la educa: «si se observa con autenticidad, nos forma: son gestos y palabras que ponen orden en nuestro mundo interior, haciéndonos experimentar sentimientos, actitudes, comportamientos» (Dd 51).

GABRIEL SEGUÍ I TROBAT, MSSCC

VIVIR LA MUERTE COMO CRISTIANOS

¿Por qué los cristianos celebramos la Eucaristía cuando muere alguno de nuestros hermanos? ¿Por qué los recordamos en el corazón de la plegaria eucarística? ¿Qué sentido tiene? En el centro de la Eucaristía decimos ante el cuerpo y la sangre de Cristo entregados por nosotros: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven, Señor Jesús!». La Eucaristía es el memorial de la muerte y resurrección de Cristo y desde ella debemos comprender la muerte de cada cristiano y de todo hombre.

Dios no nos ha dejado solos ante la experiencia de la muerte. La muerte de Cristo significa que Dios, en la persona de su Hijo, nos ha acompañado en ese momento en el que los hombres padecemos de forma especialmente dura la soledad y el silencio. No tenemos un Dios que sea incapaz de comprender nuestro sufrimiento, nuestras debilidades y nuestras necesidades. Él, en la persona de su Hijo, ha asumido las condiciones perentorias de nuestra vida: la pobreza, la enfermedad, el dolor y la muerte. No estamos solos en este camino e itinerario. Dios nos acompaña en nuestra vida y en nuestra muerte y en ese camino nos regala su amor y su vida. En la muerte de Jesús, nuestra vida y nuestra muerte adquieren nuevo sentido. No nos quita el dolor y el sufrimiento, pero sí nos da el ejemplo para que de la muerte como poder inextinguible hagamos un acontecimiento de gracia y de salvación, anticipándola en la vida mediante la entrega generosa a Dios y a los hombres; y viviéndola en el momento

final con serenidad, con confianza y con esperanza en las manos del Padre, a ejemplo de Jesús.

Pero, en el fondo, no nos basta con esta afirmación. Que Dios haya querido acompañarnos en estas situaciones dramáticas de nuestra vida no sería suficiente. Mostraría que tenemos un buen compañero, pero que en realidad no tiene fuerza para arrancarnos definitivamente de esa soledad; que no tiene palabra para romper el silencio; ni capacidad para vencer el destino inexorable de la muerte. Él ha querido asumir libremente y por amor todo lo nuestro, para que nosotros podamos compartir lo que es propiamente suyo: la plenitud, la salud, el gozo y la vida. La resurrección de Cristo es la expresión suprema del destino de vida que nos aguarda. Ella es la respuesta definitiva de Dios a la muerte, aun cuando no nos evita tener que vivir y pasar por ese trance. La muerte sigue afectándonos, nos golpea con su fuerza y nos atenaza con sus garras. Sigue siendo un enigma para nuestra razón, especialmente cuando se apoya solo sobre certezas y evidencias humanas. La confesión de fe en la resurrección de Cristo viene a fortalecer nuestra frágil razón y nuestra débil esperanza. Todavía tenemos que vivir en el contraste y la paradoja del trabajo y el descanso, el gozo y el sufrimiento, la vida y la muerte. La resurrección de Cristo es la garantía definitiva de nuestro destino de vida y de gloria.

ÁNGEL CORDOVILLA

Centre de Pastoral Litúrgica

 Diputació 231 - 08007 Barcelona
 933 022 235  cpl@cpl.es - www.cpl.es
 wa +34 619 741 047

Director de la publicación: David Álvarez

Año LV

Suscripción anual: 89,00€ €

Precio de cada ejemplar: 6,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975